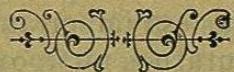


quitar su bandera al enemigo, atrayéndonos á Juárez con toda clase de ofrecimientos ó haciéndole pasar la frontera. Cuarto, proporcionarnos recursos de donde quieran que vengan, aun del mismo clero. Quinto, trabajar en que Bazaine sea reemplazado. Y sexto, convencer al Emperador de que debe cumplir el convenio de Miramar fortificando su apoyo en vez de retirarlo. Todo esto demanda esfuerzos superiores, pero no es impracticable.

—Bien, magnífico. Ahora vete á descansar y ya fijaremos el día de tu marcha.

Eloin besó la mano de su soberano y salió á recules.



CAITULO XXXI.

LAS PRODICALIDEDES.

COMENZABA muy bien el año de 1866 para los imperialistas de vista corta que todo lo hacían consistir en las derrotas continuadas que sufrían los republicanos y en las defecciones de algunos que les parecían de los hombres más prominentes; pero de muy mala cariz, para los que la tenían un poco larga y, estaban al corriente de ciertos secretos de Estado. Para estos últimos la situación estaba verdi-negra y no las tenían todas consigo, esperando con zozobra que de un momento á otro llegara el gran batacazo.

Vamos á presentar una escena demasiado verídica que nos dará alguna luz sobre el fondo de los negocios, por mas que las palabras *sobre* y *fondo* parezcan poco correlactivas.

Una hermosa mañana de Febrero estaba el gran Mariscal D. Juan Nepomuceno como de costumbre cruzado de brazos, porque no tenía otra cosa que hacer en su elegante despacho, al cual únicamente con-

sagraba sus fecundas iniciativas, cuando se le presentó su amigo el ministro de hacienda.

—¡Ave César! le dijo luego que lo vió aparecer.

El pobre ministro aquel se apellidaba César, no era un mal nombre el que llevaba á cuestras.

—Mi querido gran mariscal, contestó este adelantándose para estrecharle la mano.

—Viene ahora la cartera bastante repleta.

—Como siempre, amigo, muchos papeles y poco dinero.

—¡Poco dinero!

—Tan poco que ya no sé de donde ha de salir un peso mas para pagar á sus excelencias.

—La broma, pues me parece que lo es, tiene su veneno. Sentémonos y hablemos.

—No deseo otra cosa: para los casos apurados son los buenos amigos. Me siento, coloco los papeles al alcance de la mano, enciendo un cigarrillo....

—Yo encenderé otro....

—Y ahora vamos á echar un párrafo, pero muy íntimo se entiende.

—¡Oh! eso sí, muy íntimo, ya sabe usted querido Cesar, suprimiremos las excelencias, que yo soy discreto como una monja.

—Hemos llegado á la crisis aguda, exclamó Cesar suspirando, y yo creo que no sigo un mes más con este fardo.

—No, ni lo dejarán á usted seguir, según malas lenguas, porque van á llegar los milagrosos hacendistas franceses.

—Que se estrellarán como yo si no traen una vara mágica.

—Vamos al grano.

—El grano.... es decir la paja, porque es la única que me va quedando, son todos esos papeles en que se encuentran detalladas las cuentas del año pasado.

—Ah! ¿trae usted las famosas cuentas?

—Y no sé como darle parte de ellas al Emperador que es enteramente refractario á los números.

—Si, á S. M. le gusta que se gaste el dinero, como que para eso es, para que ruede, una vez también que para eso lo hacen redondo.

—Lo que voy á revelarle á usted es secreto, rigurosamente secreto.

—Por secreto que sea lo he de haber olido. ¿Qué es aquí en este laberinto lo que se ha escapado á mi olfato?

—Aquí tiene usted, gran mariscal, esta larga lista en que se encuentran pormenorizadas las cantidades que se gastaron en el año de 1865.

—Ese es el deber de un buen ministro del ramo: saber como y en qué se gasta hasta el último centavo en su gobierno.

—Ha sido un derroche escandaloso.

—Las monarquías cuestan, sublime Cesar.

—A cuanto cree usted que monta, solo lo que ha consumido la corte?

—La corte puede montar hasta en un caballo desbocado.

—Sin bromas, Señor Pamuceno, como le dicen en la *Sombra*, porque esto es muy serio.

—Ya me pongo grave.

—Pues oiga usted tronar.

—Que truene.

—Fuera de los noventa mil pesos que se gastaron en vajillas y manteles, de los \$24,000 en vinos y los \$115,000 en coches, libreas, arneses y caballos en los meses anteriores de 1864, en el año de 1865 que acaba de pasar se han hecho los locos gastos siguientes: en sueldos y salarios de la servidumbre de Palacio. . . . \$105,122; en libreas y uniformes \$51,408; en cocina, pastelería y vinos \$104,821; en leña, carbón y luces \$20,955; en trastos de cocina \$9,661; en caballerizas \$58,362; en los jardines \$86,639; en dádivas \$71,229; en viajes de SS. MM. y acompañamientos \$256,180; en camaristas \$7,692; en botica \$690; en multitud de pequeñeces no clasificadas, \$33,236 y en remesas á Miramar y encargos de obras artísticas \$949,791.

—Caracoles! exclamó el gran mariscal dando un salto de asombro ante la última partida, casi un millón de pesos.

—Y casi dos millones, reuniendo todas las otras partidas.

—Como si se hubiera tocado á safarrancho.

—Sí Señor, como si se hubiera tocado á degollar á la nación.

—¡Con razon se han ido por allí todos los empréstitos!

—Ahora por curiosidad voy á leer á usted el por menor de algunas de esas partidas, que es para tirar-nos de los pelos de la cara si tuviéramos algunos. Voy á coger al azar un mes cualquiera: aquí tenemos el de Agosto. Oiga usted tronar:

Al tocinerero Raynaud por comestibles, \$81,433.

Para guantes y reparación de albardas, \$1,500.

Para 12,000 tortas de pan, 6,500 libras de carne de

ternera, 10 mollejas, 10 cabezas, 2,000 aves, 200 libras de mantequilla, 5,000 huevos, 2,500 cuartillos de leche, 380 arrobas de nieve, 54 cajas de espárrajos, 28 cargas de leña, 12 cargas de carbón para la condesa de Zichy. . . .

—Y para que quería la condesa de Zichy tanto carbón, gran César?

—Para calentar sus tijeras de los rizos. Continúo: 2 arrobas de aceite, 361 cestos de fruta, 700 botellas de Burdeos, otras tantas de Champagne y diversos vinos del Rhin, 100 velas de esperma y otras tantas de estearina \$5,000, 150 pesos de alquiler por un coche para la condesa de Zichy, 1,700 pesos para caballos del conde de Bombelles etc., etc. . . . importan todos estos gastos de cocina y caballerizas en solo el mes de Agosto \$40,247.

—¡Cáspita!

—Pero todavía tenemos en este mes en la lista de gastos extraordinarios de Palacio, \$100 de una gratificación dada al general Woll, \$2,115 al periodista francés Luis Chauveusse para regresar á Europa, \$3,916 al gran mariscal Almonte. . . .

—Hombre, hombre, esos son mis sueldos. . . . lo que yo gano. . . .

—Sus sueldos se los paga á V. E. la caja Central como general de División.

—Esos son otros López.

—Y hay también aquí un recibo de V. E. que dice al pie de la letra:

«Recibí de la Tesorería General de S. M. el Emperador la suma de cien mil francos con que tanto

S. M. como la Emperatriz, se han dignado dotar á mi hija Doña Guadalupe.

México, Agosto 5 de 1864. J. N. Almonte.»

—Ah! si, eso pertenece al otro año, y alguna recompensa tenían que merecer mis multiplicados servicios. El gran César se la quiere dar conmigo de malicioso.

—Es una simple broma que venía á pelo.

—Lo que viene más á pelo es que el departamento de los fondos está arruinado.

—Ni más ni menos. Ahora vamos á las otras listas:

Sueldos del Emperador y cantidades situadas en París á disposición del mismo, suman en el año un millón doscientos sesenta y cinco mil pesos..... (\$1.265,000.)

—Bueno ¿y qué? S. M. es el dueño del país, se lo hemos entregado para eso, para que lo disfrute: nada mas natural que disponga de sus rentas.....

—¿Y que las mande á sus otros dominios?

—Si.

—¿No sería mejor que lo de los otros dominios, poco ó mucho, se lo trajera para estos que más lo necesitan?

—Si, sería mejor; pero como lo hemos hecho absoluto.

—Pues lo mismo que el Emperador, he notado que cuantos extranjeros han venido con él ó después le han seguido, disponen de lo de aquí, sin traernos ni un solo peso de los suyos.

—Pues es ó porque no los tienen que es lo más común, ó porque se hacen pagar sus industrias.

—¿Que industrias?

—Las mismas, las de ser ó darse la importancia de personajes. ¡Buenos estarian, ellos para que después de que vienen á honrarnos figurando en nuestra corte y dándonos brillo, tuvieran además que gastar sus rentas! Si se les convida, si se les trae, los que los reciben como distinguidísimos huéspedes son los que tienen el deber de cuidar que nada les falte.

—¿Qué piensa el gran mariscal que contiene este legajo azul?

—Pues también cuentas; pero ni un real en efectivo.

—Es la verdad: aquí está la lista de los gastos secretos con sus comprobantes.

—Eso ha de ser más curioso que todo lo demás.

—Pero para dar lectura á esta lista se necesita un triple juramento de discreción.

—Prometo y juro que seré discreto.

—En Enero á Eloin, para gastos reservados en distintas fechas, \$11,000; al conde Oliverio de Roseguier para comprar una imprenta, \$2,000; á Loysel para gastos secretos, \$1,500. En los demás meses á Ibarrondo, \$9,000; á Eloin, \$5,000; á Loysel, \$15,000; á Carlos Mismar de New York, \$50,000; á un tal Davisson, \$5,500; al padre Fischer, \$30,000 y á un señor muy conocido nuestro, \$25,000.

—Sí, dijo Almonte con mucha frescura, esos 25,000 pesos los pusieron en el Montepío á mi disposición para ciertas comisiones de extraordinaria importancia.

—¿Muy extraordinaria? preguntó el ministro cerrando un ojo.

—Tan extraordinaria, que algo le corresponderá al gran César si cierra para siempre el pico.

—Por cerrado y vamos á otra cosa.

—Ya lo veo venir, insigne César: á lo que vamos es á ver cuáles han sido los gastos de la Emperatriz.

—Exactamente, mi querido gran mariscal. Fuera de su asignación de \$16,666.66 (¿muchos seises, verdad?) fuera de esa suma, S. graciosa M. ha gastado \$38,439 en dádivas.

—Sí, S. graciosa M. es muy dadivosa, quiero decir, muy tierna y muy caritativa.

—Las partidas más fuertes son: \$8,000 para el hospicio de pobres; \$6,000 para la viuda del comandante Maréchal; \$2,000 para Jerusalem; \$2,000 á los soldados belgas de Zirándaro; \$3,000 á la familia Lamotte; \$10,000 para pobres é inundados y el resto en partidas de \$1,000 y \$500 para hospitales, viudas y personas allegadas. ¿Qué tal?

—Buen tal, amigo mio.

—Y es de notarse que todas estas generosidades no salen de su peculio, sino de los fondos generales.

—¿Es una crítica?

—Dios me libre de criticar á la sublime princesa; no, gran mariscal, es un exabrupto, un mal exabrupto, lo confieso.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!

—¿Por qué se ríe usted con tantas ganas?

—Porque observo que está usted en su momento de candidez, mi querido ministro. ¿Acaso cree usted que los soberanos extranjeros traen sus fondos propios para gastarlos en tierra extraña? Vienen á llevarse los que pueden, pero no á dejar ningunos.

—¿Es una crítica?

—Dios me libre de criticar á nuestra excelsa Emperatriz; pero sí le aseguro que si usted y yo pudiéramos meter las manos en la caja del país con la misma libertad, serían cuatruplicadas las limosnas que diéramos, siempre que no nos chillara el cochino, como dicen los gañanes.

—¡Silencio!

—Nadie nos escucha.

—En los palacios, ya sabe usted el refrán: las paredes tienen orejas.

—Entonces vamos á otra cosa.

—Queda, pues, sentado que S. M. la Emperatriz recibió en el año de 1865 para sus oficinas, sueldos y limosneros, la suma de \$230,000: ahora tenemos que agregar casi otro tanto en banquetes, ceremonias, recepciones, subvenciones á periódicos extranjeros, recompensas, cruces, medallas, placas, mantos, cordones, ornamentación de Chapultepec y obsequios á viajeros distinguidos, entre los que figuran también gastos de iglesia, como un Fr. Francices obispo de Caredro y un tal Ormachea. . . .

—¡Cuidado con equivocarse! Ese Ormachea es de los nuestros.

—Pues bien, los gastos públicos, lo que realmente puede llamarse el presupuesto de egresos de la nación, ha importado además en el año de 65, 29 millones.

—¡Jesús!

—¿Espanta, verdad?

—¿Pero de dónde ha salido tanto dinero?

—Pues ha salido de esta partida que leo textualmente: "Líquido del empréstito contratado en Paris

en Abril último disponible hasta 15 de Diciembre del presente año, Junio 2 de 1865, cuya cantidad hemos comprado perdiendo una tercera parte... tanto."

—Quiere decir que el imperio está floreciente!!!

—Quiere decir que el imperio está en agonía, porque se me obliga á hacer un presupuesto mínimo para este año de 1866 que importa 48 millones de pesos y no tenemos ni una peseta.

Almonte, viendo que el espanto estaba retratado en el rostro de su amigo César, lanzó una carcajada y le dijo:

—Tranquílcese usted, amigo mio, porque no es á usted á quien ha de reventar la bomba.

—Sí, ya sé que nos viene una lumbrera francesa; pero entre tanto....

—No una, sino varias eminencias francesas están para llegar con objeto de poner en tutela al Emperador; pero usted tendrá que entregar la cartera del ramo á Lacunza antes de tres dias.

—¿Es posible?... ¿es cierto que será nombrado Lacunza?

—Eloin ha dicho que usted es incapaz para organizar la hacienda pública y ha recomendado á Lacunza.

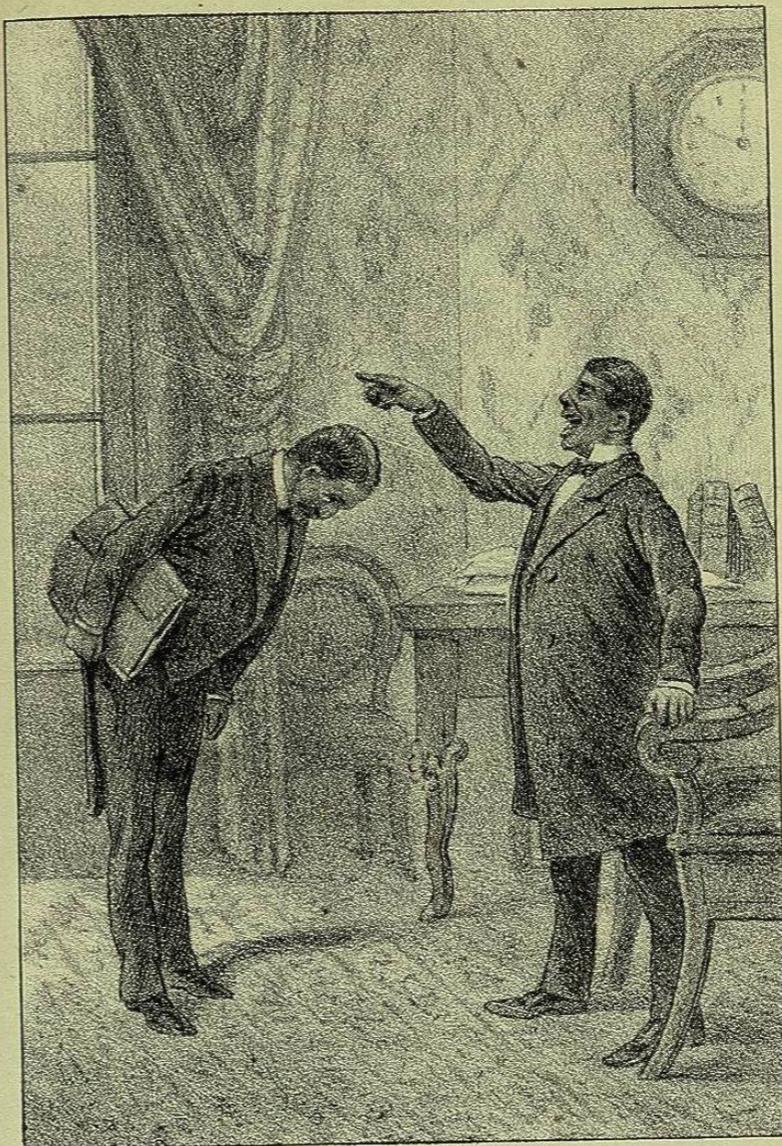
—Pero ¿qué tiene que ver Eloin en estas cosas?

—Ya sabe usted que es la Santísima Trinidad para el Soberano.

—De todas maneras, voy á fastidiar á este con los papeles.

—Hará usted mal: nosotros, usted y yo, lo que debemos es hacernos patos.

—Usted que es gran Mariscal y que recibe miles y



- Adios, gran Mariscal.

- Adios Cesar Augusto, ministro traicionado.

miles de pesos por diferentes capítulos; pero otros...

—No se queje, no se queje, gran Cesar, que en este mar revuelto usted no ha sido de los más torpes pescadores.

—Yo le juro á usted que...

—Vamos, vamos, usted y yo somos lobos viejos. Ya sabemos que la situación pende de un cabello: de que se lleve Napoleón sus tropas, de que los Estados Unidos digan ¡hasta aquí! ó de que se nos agote el tesoro...

—Esto último ha sucedido.

—Pues bien: quiere decir que ha sonado la última hora del imperio.

—Entonces voy á poner en orden las cuentas para hacer la entrega á Lacunza.

—Se conformarán simplemente con que usted se vaya á la calle.

—Adios, gran Mariscal.

—Adios, gran César, ministro tronado.

Y Almonte lanzó otra carcajada más estrepitosa aún que las anteriores.

